



ARDENIA.

PRIMERA PARTE.

CRuxan los exes celestes,
y la superior esfera,
que puebla el delfico manto
de diamantinas Estrellas,
cuya bordadura hermosa
inunda toda la tierra
de resplandores y luces,
y abriendo funestas grietas,
aborte de sus entrañas
las mas inauditas fieras,
al escuchar de mi voz
la mas enorme tragedia,
la crueldad mas horrorosa,
que se escribe, ni se cuenta.
Digo pues, que en la Moscovia
nació un Príncipe, que era
unico, y solo heredero
de su Corona Suprema.
Desde su primera edad
de sus crueldades dá muestras,
aunque su Padre prudente,
con magestad le refrena;
pero llegando á la edad
de las juveniles fuerzas,
corria precipitado
de los vicios por la senda,
siendo crueldad, y rigor
quien dirige sus potencias.
Pero el Rey su Padre entonces,
por ver si así le refrena,
trató en fin de darle estado
con una hermosa Princesa,
que es virtud el Matrimonio,
que ingratos vicios refrena.

Dis-

Dispusieronse las bodas
con regocijos, y fiestas,
y yá con el nuevo estado,
de su quietud daba muestras;
mas su corazon cruel
siempre en su pecho reserva.
En este tiempo su Padre
pagó tributo, que heredan
todos los hijos de Adàn
pasando á mejor esfera.
Quedó Roguero reynando,
que aqueste su nombre era,
y en la Princesa su esposa
ya coronada por Reyna,
tuvo una lucida Infanta,
desgraciada como bella,
pues de su parto infeliz
murió su Madre la Reyna.
Sintió este pesar Roguero,
y le guardo de manera,
q̃ aunque de distintos Reynos
le ofrecian las Princesas,
no quiso tomar estado;
solo su consuelo era
el mirar su hermosa hija
el ver su hermosa Princesa,
cuya divina hermosura
admira, pasma, y eleva.
Llegó à edad de quince años
nuestra bellisima Ardenia,
el Rey su Padre dispuso
para su dia unas fiestas
de sortijas, y torneos,
viniendose á hallar en ellas
de Patricios, y estrangeros
mucha copia, de manera,
que este dia la Moscovia
confusa belleza ostenta.
Es el Rey mantenedor,
y la hermosísima Ardenia
ocupaba un corredor,
ó balcon todo de Estrellas
tachonado, y esmaltado
de oro finísimo, y piedras.
El Rey entrò por la Plaza,
sobre un Caballo; que era
bello Pegaso de nieve,
con jaez de fina tela,
bordado de pedreria,
y de finísimas perlas.
Lleva el freno, y herraduras
del metal, que Arabia engendra
á lo Frances va vestido,
y en el brazo izquierdo lleva
el adarga con las Armas
de Moscovia la opulenta;
y mas abaxo pintada
lleva una encendida hoguera,
que produce de ceniza,
diciendo el mote, ó la letra,
con

con el nombre equivocado:
arde en cenizas la hoguera.
Diò un paseo por la Plaza
con Magestad, y grandeza.
Siguen los Aventureros,
y empezada la carrera,
oyeron de la otra parte
otros ecos de trompetas.
Entró en la Plaza un mancebo
de notable gentileza,
sobre una vistosa Pia
extremadamente bella,
á lo Ungaro vestido,
todo bordado de perlas,
una adarga diamantina,
y llevaba por empresa
la Diosa de la Fortuna,
y un joven con gentileza,
en su regazo dormido,
y dice luego la letra:
Hijo soy de la fortuna,
y es bien que descanse en ella.
Pidió licencia, y entró
con los demas en la tela,
siendo el objeto de todas
las Damas, y la Princesa.
Cinco premios se llevò,
y acabada la carrera,
se llegó con su Caballo
al balcon de la Princesa,
y con grande cortesia,
los cinco premios presenta.
Ardenia los recibió,
mas le volviò en recompensa,
su corazon abrasado,
y herido con las saetas
de ese Rapacillo ciego,
que à tantos tiene en cadena;
pero la rabiosa envidia
de los naturales era
mina, ó volcan, que con leve
poco resquicio rebienta.
En fin con corto motivo,
romper el seguro intentan,
y el forastero se escusa,
con palabras muy modestas,
mas viendo, que ya parece
cobardia, con soberbia
echando mano á la espada,
acometiò de manera,
que era un rayo desatado
de aquesta region etherea.
El Rey, q̃ à este tiempo habia
desocupado la tela,
volvió á salir á la Plaza:
con que bastò su presencia.
Informóse del suceso,
y luego mandó prendieran
los que habian quebrantado
de su seguro la fuerza,

lle-

llevandose al Forastero
al Palacio, donde Ardenia
con su vista creciò el fuego,
que en su corazon alienta;
pero su mucho recato
la tiene muda, y suspensa.
El Rey dixo al Forastero:
¿de qué Patria, ó de que tierra
eres, dime, ó que fortuna
te ha traido à aquesta tierra?
El cortés, y agradecido,
le dice de èsta manera:
Es mi nombre Segismundo,
nacì en Ungria la bella,
soy segundo en mi casa,
que es de notoria nobleza,
y por precisos motivos,
dexar á Ungria fué fuerza
y seguir del fuerte Marte
las Militares Banderas.
Tuve noticia, Señor,
de aquestas celébres fiestas,
de curiosidad movido,
me he venido á hallar en ellas,
perdoname si he ofendido
tu Magestad, y grandeza,
Ofenderme ¿por qué causa?
antes decirte quisiera,
que hoy en Moscovia te quedes
à expensas de mi grandeza,
y pide lo que quisieres,
que tu urbanidad me empeña.
Hincò al punto la rodilla,
y dixo: Señor, pues sea,
que concedais el perdon
á los que por mi prendieran.
El Rey le dixo: esa accion
acredita tu nobleza.
Digo que yo los perdono,
y que descanses es fuerza.
Quedóse en fin en Palacio,
cumpliendo con tal prudencia,
con tal acierto, y cordura
en todas las dependencias,
que era el Archivo del Rey,
y Athlante de su grandeza,
su Consejero mayor,
amado de la Nobleza,
respetado de la Plebe,
y temido de la tierra.
A donde lo dexaremos
en esta parte primera,
ofreciendo la segunda
de esta historia verdadera.

Con licencia: En Sevilla, por la Viuda de Vazquez y Compañia, Año de 1816.